

70 trucos para sacarle brillo a tu novela

(Corrección básica para escritores)

Gabriella Campbell

©70 trucos para sacarle brillo a tu novela, Gabriella Campbell, 2018. Versión impresa basada en el libro digital de la misma autora: *70 trucos para sacarle brillo a tu novela* (2016).

©de la cubierta, Alfonso Faci, 2016.

©del diseño de contracubierta y lomo: Libertad Delgado, 2018.

Todos los enlaces que aparecen en este libro y los contenidos referidos en dichos enlaces pertenecen a sus correspondientes autores.

Todo lo demás me pertenece a mí, la autora. Si quieres copiarlo, plagiarlo, subirlo a una página de enlaces, piensa que esto tiene derechos de autor, que he invertido horas de esfuerzo y dedicación. Si te gusta, compra o recomienda. La cultura es libre, pero los escritores tenemos hambre.

Este libro está dedicado a toda persona que, tras treinta vueltas de corrección, ha abierto su libro publicado para encontrar una errata en la primera página.

Índice:

- Introducción, 9
- Instrucciones para usar este libro, 13
- Un último aviso, 15
- 7 trucos generales para sentarte a corregir, 17
- 40 trucos para ser muy formal, 21
 - 1. Una corrección básica de Word, 23
 - 2. Todo tiene que concordar, 24
 - 3. Simplicidad y elegancia ante todo, 26
 - 4. No te compliques con los verbos, 28
 - 5. Sé más activo, 30
 - 6. Gerundiando (o no), 31
 - 7. Los adverbios terminados en –mente no son tus amigos, 34
 - 8. Termina lo que empezaste (por lo menos con los verbos), 35
 - 9. Necesitas ese verbo, 37
 - 10. No te juntes tanto con esos ingleses, 38
 - 11. ¡Deja esos palabros!, 42
 - 12. Demasiadas conexiones sí pueden ser malas, 44
 - 13. No te subordinas tanto, 45
 - 14. Cuidado con las comas, 46
 - 15. Hablemos de las condiciones, 50
 - 16. Con vocación de que comas, 52
 - 17. Especifica o explica, 53
 - 18. Vamos a puntualizar, 54
 - 19. Sigamos enumerando, 56
 - 20. No nos dejes en suspensión, 58
 - 21. ¿Comillas o cursiva?, 60
 - 22. Signos de exclamación e interrogación, 62
 - 23. Menuda rayada de diálogo, 63
 - 24. Y hablando de hablar, 65
 - 25. La regla de tres, 66
 - 26. Uy, cuánto hermoso y redundante adjetivo innecesario, 68

27. Errores mayúsculos, 70
 28. Tildes en exclamativos e interrogativos, 72
 29. Y otras diacríticas, 74
 30. Hiato que dan hernias, 75
 31. ¿Perdido en un mar de le/lo/laísmos?, 78
 32. Porque/por qué, 81
 33. Marcas y palabras en otros idiomas, 82
 34. Debes de deber, 84
 35. Mi reino por la palabra precisa, 86
 36. ¿Dónde he escuchado eso antes?, 88
 37. ¿Tiene sentido todo lo que dices?, 90
 38. No seas incoherente, 91
 39. No te repitas, 92
 40. Mide tus oraciones, 94
-
- 23 trucos para sacarle el máximo resplandor a tu contenido, 95
 1. Ese principio, 97
 2. Dale marcha, 99
 3. ¿Saben hablar tus personajes?, 101
 4. El problema de las cabezas flotantes, 102
 5. No solo vemos, 104
 6. ¿Tienen sentido tus metáforas?, 105
 7. ¿Respetas tus propias decisiones?, 107
 8. Escenas pegajosas, 108
 9. Tijera y más tijera, 110
 10. El pecado del datadumping, 112
 11. Eso era evidente, 115
 12. ¿Me lo dices o me lo cuentas?, 117
 13. Saltando de cabeza en cabeza, 119
 14. ¿Cuánto pesan tus personajes?, 121
 15. Secundarios desaparecidos, 123
 16. El corazón de tu novela y la transformación del héroe, 125
 17. La magia de lo inesperado, 127
 18. No eres nada conflictivo, 129
 19. Achucha el corazón de tu lector, 131
 20. Evita las documentaciones gaseosas, 133
 21. Tu opinión no nos interesa, 135

22. Suelta ese cabo, 136

23. El truco final, 139

Lista práctica de preguntas, 141

Preguntas de corrección general, 141

Preguntas de corrección particular, 142

Este libro no acaba aquí, 147

Notas a la edición impresa, 149

Notas finales de la autora y agradecimientos, 151

Introducción

Una vez pregunté a todos mis amigos autores qué parte de escribir les parecía más difícil.

Según el tiempo que lleves escribiendo, según tu nivel de habilidad o experiencia, tus demonios serán diferentes. Para algunos lo realmente difícil es ponerse, concentrarse, encontrar un hueco en sus vidas para crear. Para otros, que ya han superado ese bache y son auténticos monstruos de la productividad, la complicación está en el proceso de publicar y de llegar a los lectores. Para otro grupo más, el desánimo proviene del miedo, de la inseguridad y de todo tipo de obstáculos emocionales.

Pero en las respuestas de mis colegas de profesión había algo que sobresalía, que se repetía. Algo que parecía afectar a casi todos los grupos, a todos los niveles.

Corregir.

Ese monstruo.

Conozco a un escritor al que le gusta revisar. Lo prometo. Lleva muchos libros a sus espaldas y dice que disfruta mucho del proceso de esculpir el texto, de darle una forma aceptable. Tal vez este escritor está loco. Tal vez se ha liberado de todos sus demonios y vive en un mundo feliz de revisiones interminables. Seguro que no es el único.

Pero para la mayoría es algo de lo más complicado. No es solo por el puro tedio de leerlos, una y otra vez, a nosotros mismos; está en el hecho de que somos escritores y no podemos mirar nuestros textos con objetividad. Nuestros textos no son más que la suma de lo que conocemos y de las habilidades que tenemos. Necesitamos a alguien de fuera para que intervenga y nos ayude, que nos preste otro punto de vista.

Ahí entra el corrector.

En un mundo ideal, todos tendríamos correctores (y les pagaríamos lo que merecen: otro día hablamos sobre lo que significa intentar sobrevivir como corrector).

¿Y si no podemos permitirnos un corrector? Porque trabajamos con una editorial pequeña (o una grande que prescinde de los servicios de profesionales en condiciones) o porque nos autoeditamos y somos pobres. Hay más razones. Yo siempre insistiré en la necesidad de otro par de ojos que revisen un texto (aunque sea tu madre, tu vecino o tu primo el profe de Lengua) y si son profesionales y remunerados, mucho mejor.

Pero antes siquiera de que un corrector (o nuestra madre, o nuestro vecino o nuestro primo el profe de Lengua) le meta mano a nuestra sagrada obra, ¿qué podemos hacer para tenerla en las mejores condiciones?

Si queremos enviar nuestro manuscrito a una editorial, ¿qué pasos podemos dar para sacar el máximo provecho a nuestra novela?

Y si queremos autoeditar, ¿qué podemos hacer con nuestro texto para ofrecerles a nuestros lectores la mejor experiencia posible?

La respuesta no está en un librito de unas 30000 palabras. Tampoco lo estaría en una guía completa de corrección (la empecé a escribir, lo prometo, pero a los tres capítulos largos sobre ortografía decidí abandonar. Si como escritor te aburres a ti mismo, imagínate qué pensarán tus lectores).

Tampoco voy a entrar en estrategias complejas de edición de estructura (eso lo dejamos para otro día, pero puedes echar un ojo a este artículo si te apetece analizar a fondo las estructuras más comunes para planificar y corregir novela: <http://www.gabriellaliteraria.com/planificar-tu-novela/>). Aquí, en este librito, quiero intentar darte algunas ideas, una suerte de lista de tareas para ir tachando, que pueda servir para detectar y corregir posibles errores y fallos.

Aparte de mi labor como escritora, llevo años editando, corrigiendo y realizando informes de lectura para particulares y empresas. Esta obra es un recopilatorio de los problemas más frecuentes con los que me he encontrado en los manuscritos con

los que he trabajado y es un intento de ofrecer soluciones a todos esos problemas. No están todos (la escritura es un mundo complejo, con un límite muy borroso entre lo técnico, objetivo, y la subjetividad de quien lee): solo los más habituales, solo los setenta más comunes.

Ten en cuenta, amigo lector, que no todos los que escriben están en el mismo nivel. Algunos llevan años practicando, otros acaban de empezar. Algunos son buenos conocedores de cómo funciona la lengua, otros todavía se pelean con la ortografía. Este libro intenta explicarlo todo desde un punto de vista básico, para que su comprensión sea apta para cualquiera. Según tu nivel, algunos puntos pueden parecerse evidentes, pero seguro que encuentras algo que te sirva.

A continuación te ofrezco setenta trucos, ideas, tareas o filtros que aplicar a tu novela.

Sobrevivirá, te lo aseguro. Y el resultado será radiante.

Instrucciones para usar este libro

Enfrentarse a una corrección puede parecer una tarea ardua, así que será mejor tomárnosla con tranquilidad e ir paso a paso. Para empezar, esto es lo que puedes hacer para sacarle el máximo rendimiento a este libro:

a) Necesitarás, como es lógico, un texto listo para corregir (este libro está enfocado sobre todo a novelas, pero también puede servir para relatos cortos y largos).

b) Hazte un té, o un café o cualquier brebaje (preferiblemente legal) que agudice tu concentración. Acomódate en tu lugar de trabajo favorito.

c) Lee el libro por encima, capítulo a capítulo. Toma nota de aquellos puntos que consideres que podrían aplicarse a tu caso, esas cosas que ni te habías planteado o que sabes que suelen fallarte al escribir. También puedes ir directamente a la lista del final y usar el resto del libro como referencia.

d) Revisa poco a poco cada sección de tu novela, buscando dónde pueden aplicarse los puntos indicados en el libro. Para cualquier duda o explicación, recurre al capítulo correspondiente en el libro.

e) En su origen, este libro era un eBook, pensado sobre todo para dispositivos con conexión a internet. Por eso, incluí muchos enlaces: así, si un punto no quedaba lo bastante claro en el libro o si el lector deseaba saber más sobre el tema propuesto, podía utilizar los vínculos disponibles. Algunos de estos vínculos son enlaces a artículos de mi blog, otros enlazan a blogs y webs de personas mucho más sabias que yo. Entiendo que desde el papel

da bastante más pereza copiar a mano las direcciones en un explorador, pero he decidido dejar la mayoría en el libro, porque considero que aun así merece la pena echarles un vistazo.

f) Cuando termines, tu novela debería ser bastante mejor que cuando empezaste. Si no es así, sí, puedes escribirme y expresarme tu desconcierto (gabriella@gabriellaliteraria.com). Si te sirve y te ha hecho un poquito más feliz, ¡acuérdate de valorar esta obra en Amazon para que otros escritores puedan decidirse (o no) a comprarla y nos ofrezcan a todos libros mucho más correctos!

g) El que esta obra sea un texto auxiliar sobre cómo corregir un libro no escapa de la gracia inevitable de que habrá, con toda seguridad, errores o erratas dignos de mención. Te pido perdón por adelantado y que esta sea otra lección más del libro: no importa cuánto revises un libro, siempre fallará algo y eso tienes que aceptarlo.

Recibe mi agradecimiento más sincero por haber adquirido y utilizado este librito. ¡Y ahora sal ahí fuera a compartir tu obra con el mundo!

Un último aviso:

Puede que te estés preguntando lo siguiente: ¿son reglas todos estos trucos y consejos, son normas que debo seguir al pie de la letra?

Con la excepción de ciertos temas puramente ortográficos y gramaticales (las normas son importantes en un código de comunicación), la respuesta es: «no». Ninguna regla es precisa ni eficiente al 100%. El estilo siempre tiene grados de subjetividad y no hablemos ya del contenido.

Pero todas las observaciones contempladas en este libro están basadas en el conocimiento acumulado de un buen puñado de escritores, analistas, teóricos y lingüistas. No salen de la nada. Si quieres hacer una novela sin conflicto alguno, por ejemplo, adelante. Pero entenderás que, por varias razones históricas, sociológicas y psicológicas, esa novela será mucho menos atractiva para el lector medio.

Si eres de los que gustan de saltarse las normas, muy bien. Pero primero asegúrate de que entiendes por qué existe esa norma, a qué responde y en qué casos puedes aplicar excepciones.

7 trucos generales para sentarte a corregir

Corregir es una tarea dura, porque nos obliga a juzgar nuestra obra. Y los primeros borradores están hechos para ser borradores, no para ser perfectos. Vamos a encontrarnos con un texto que estará lleno de imperfecciones. ¿Cómo enfrentarnos a él entonces sin dejar que nuestra psique se meta demasiado por medio?

Estos trucos pueden ayudarte a hacerlo de la manera más eficiente y objetiva.

Ahí van algunas ideas:

1. Este punto es el más importante: **TU LIBRO YA NO ES TUYO**. Así es. Vas a enfrentarte a su edición y eso puede ser muy peligroso. Es tu niño, tu criatura. ¡No! ¡Ya no! Tienes que sentarte frente a tu obra con la noción clara de que ahora pertenece a otra persona, de que nada tiene que ver contigo. Tú solo eres un corrector y editor con mucha mala leche que viene a convertir esa cosa informe en una joya digna de publicación.

2. Todo el mundo tiene sus rutinas y manías a la hora de corregir su propio texto. Hay quien usa marcas clásicas de corrección sobre un documento impreso; hay quien utiliza el control de cambios de Word para ver exactamente qué modificaciones ha realizado. Eso no es lo importante. Lo importante es que leas más de una vez tu propio texto, buscando diferentes tipos de errores en cada lectura. Deberías tener como mínimo dos lecturas: una para revisar problemas formales (ortografía, gramática, estilo) y otra para revisar estructura y contenido. Revisar a nivel formal y a nivel de contenido exige mirar y pensar de forma diferente, por lo que si intentas hacer las dos cosas a la vez es inevitable que te dejes algo fuera. Centrarse en un solo tipo de tarea siempre es más productivo.

Lo que nos lleva al siguiente punto:

3. ¿Cuántas revisiones son necesarias para corregir un libro? Cuando corrijo textos ajenos suelo trabajar con cuatro: en las dos primeras realizo la corrección de estilo propiamente dicha y apunto problemas estructurales o de coherencia. En la tercera reviso sobre todo a nivel ortotipográfico y la cuarta es un repaso final. Otra manera de corregir es por niveles, de mayor a menor: primero la narración general (asegurándonos de que no haya incoherencias generales de contenido); luego la escena (mirando que funcione, que cada cosa esté en su sitio); luego la oración (asegurándonos de que cada frase esté bien construida) y luego la palabra (vamos palabra por palabra, asegurándonos de que cada una sea la correcta). También puede hacerse de menor a mayor (si bien no es recomendable, porque cualquier cambio a nivel estructural nos obligará a volver a realizar todas las correcciones de niveles menores). Como autor, eres libre de aplicar el método que te sea más cómodo, pero recomiendo dejar siempre unas veinticuatro horas entre revisión y revisión, para que tu cerebro pueda coger el texto con una perspectiva más o menos nueva y limpia.

4. La mejor manera de captar errores y de identificar frases que suenan mal es que tu cerebro las perciba como ajenas, porque si no, se dedicará a corregir imperfecciones y rellenar huecos sin que seas consciente de ello, ya que conoce bien el texto y lo percibe como propio. Léelo en voz alta o, mejor, que te lo lea otra persona. Otra opción es utilizar un lector automático, como los que proporcionan Adobe Acrobat Reader, Balabolka o Sodascope. Al escuchar el texto en la voz de otra persona (o robot) percibirás mucho mejor aquello que no funciona.

5. Otra manera de hacer que tu cerebro crea que está leyendo algo distinto a lo de siempre es cambiar de ubicación. Tu cerebro asocia lugares determinados con tu trabajo creativo, y necesitas que cambie a modo editor: lógico, frío y racional. No quieres que se ponga creativo. Llévatelo a otro sitio, a cualquier otro entorno

donde puedas trabajar. El ruido de fondo te ayudará a concentrarte (puedes leer mucho más sobre ese tema en este artículo del *Libro del escritor*: <https://blog.literup.com/sonidos-ambientales-para-escribir/>).

También puedes usar una aplicación como Coffitivity (que reproduce el sonido de fondo de un bar o cafetería), pero procura no trabajar en la misma habitación donde escribiste el libro.

6. Hazte un esquema con la estructura básica de tu novela y el tema central, y ponlo en algún lugar donde lo tengas claramente a la vista. Así podrás consultarlo para ver que todo encaja, que hay coherencia y que la obra no se desvía demasiado de su tema. También podrás ver si todas las partes forman un todo equilibrado o si necesitas modificar algo a gran nivel.

7. ¿Te has dado cuenta de que en muchos libros se empieza muy bien, pero la calidad decae y se llena de erratas conforme avanza la obra? Sucede porque empezamos con ganas y energía a corregir, pero nuestra atención va decayendo conforme nos metemos en la narración. Prueba a hacer una revisión al revés, empezando por el último capítulo, para acabar con este problema.

¿Todo listo? ¿Preparados para empezar? ¡Vamos allá!

40 trucos para ser muy formal

1. Una corrección básica de Word

«Pero Gabriella! —me gritarás, con toda la razón del mundo—, ¡que no soy un niño de primaria! ¡Sé usar el corrector de Word!».

Ya, ya, eso no lo pongo en duda. Pero he aquí dos peligros:

1. Te acostumbras tanto a tener el corrector que ya no le haces caso. No miras qué está subrayando Word (o LibreOffice, u OpenOffice, o Pages, o Scrivener o lo que sea que utilices). Y de vez en cuando te subraya cosas que sí deberías estar mirando.

2. Le haces demasiado caso al corrector automático. Ten en cuenta que Word, por ejemplo, no distingue bien el contexto de las palabras. Así, en el caso de la tilde diacrítica o de otras palabras que, según como se escriban, tienen significados distintos, Word puede jugarnos una mala pasada.

¿No me crees? Mira esto:

Aqué! dragoncito rojo es de lo más adorable. ¿Qué tan bien es un pequeño monstruo y devora ganado! ¡Té lo dije! Haber lo que dice tu hermana la pastorcilla al respecto.

Seguro que has visto unas cuantas meteduras de pata en ese parrafito, ¿verdad?

Pues Word no me ha señalado ni una.

Ah, no, espera, que tengo el corrector apagado. Vale, lo activo. No, ni una.

¿Conclusión? Acuérdate de mirar lo que señala Word, pero no creas ni de lejos que con los ojitos virtuales del clip asistente de Office va a estar tu texto libre de errores.

2. Todo tiene que concordar

Así es. Sujetos con verbos, sustantivos con adjetivos. Parece muy fácil de entrada («nosotros comemos», «las niñas guapas»). ¡Sencillo!

La complicación llega, por ejemplo, con los nombres colectivos, ya que no termina de quedarnos claro si deben tratarse como singular o plural. Si ponemos, por ejemplo, «el grupo decidió que iría a clase», vemos *grupo* como un nombre que está en singular. Fácil.

Pero ¿y la siguiente frase?: «La mayoría decidió que iría a clase». ¿Sería así? ¿O diríamos: «La mayoría decidieron que irían a clase»?

¿Cuál sería la opción correcta?

La Academia nos dice que ambas serían aceptables:

En general, es posible poner el verbo tanto en singular (concordando con el sustantivo cuantificador singular: mayoría, mitad, minoría, resto, etc.) como en plural (concordando con el sustantivo plural que especifica de qué seres se trata: manifestantes, alumnos, trabajadores, etc.), siendo más habitual la concordancia en plural.

Cuidado, eso sí, con los casos en los que el verbo lleva un atributo o complemento predicativo (es decir, un elemento que nos informa de cualidades o estados del sujeto). Ahí siempre usamos el plural con las palabras que indican un grupo o colectivo: «La mayoría de los alumnos eran rebeldes sin causa» o «La mitad de los niños llegaron cansados».

Hay muchos más casos en los que podemos dudar respecto a la concordancia. Si tienes cualquier consulta, puedes buscar en la Ortografía de la RAE o en su web (prueba el *Diccionario panhispánico de dudas*) o preguntarle a Fundéu (<http://www.fundeu.es/>).

Lo importante, ante todo, es que busques. Si dudas es fácil encontrar la solución. Lo curioso es que los casos que más se nos escapan son sencillos: suele ocurrir que conforme escribimos

nuestra mente va más rápida que nuestros dedos y se nos vuelan gazapos, sobre todo en lo que se refiere a sujeto y verbo («ella habían dicho») y a género («la mesera tenía un bonito cabello pelirroja»). Aunque es obvio que en esos dos ejemplos entre paréntesis hay fallos, es sorprendente lo fácil que resulta que se nos vuelen errores de este tipo.

3. Simplicidad y elegancia ante todo

Cuanto más corrijo textos e intento ayudar a otros autores (y aprender de sus aciertos y errores para mejorar mi propia escritura), más convencida estoy de que un texto fluido y elegante depende, en gran medida, de dos cosas:

Primero: Del orden natural de la oración. Si una oración te parece demasiado rebuscada o compleja, o no termina de sonarte bien, prueba a ponerla en su orden «natural». En nuestro idioma tenemos la posibilidad de colocar las partes de la oración más o menos en el orden que queramos, pero el cerebro siempre agradece un orden primario, lógico, porque facilita la comprensión lectora. Y el orden lógico es sujeto+verbo+complementos.

¿Cuál de estas dos oraciones es más fácil de leer?

Rojos, rizados y encrespados, cargados del peso de años de injusticia social y sometimiento a un marido infiel, eran los cabellos de nuestra protagonista.

Los cabellos de nuestra protagonista eran rojos, rizados y encrespados, cargados del peso de años de injusticia social y sometimiento a un marido infiel.

La segunda, ¿verdad?

Esto no significa que no puedas modificar el orden sintáctico de las oraciones. Es más, de vez en cuando debes («¡a su casa volvió Juan!»); si se hace bien, su efecto estético puede ser impresionante. Pero piensa en la fuerza e impacto que tiene una frase «desordenada» cuando todas las demás están ordenaditas. Un exceso de frases caóticas creará una sensación generalizada de desorden que hará que el lector deje de apreciar la belleza de cada

oración y, peor aún, pierda el interés al tener que pelear con un batiburrillo en el que tiene que estar en constante esfuerzo interpretativo.

Segundo: De la simplicidad y precisión de las formas. Precisamente porque le aporta una mayor capacidad de comprensión y concentración de significado, el lector prefiere siempre formas exactas, precisas. Es mejor usar una sola palabra concisa para decir algo que una frase que da ocho vueltas; es mejor usar una forma verbal simple que tres formas complejas seguidas con sus correspondientes auxiliares. Veremos esto con más detenimiento en los siguientes apartados.

4. No te compliques con los verbos

Mira esta oración:

Habiendo sabido que habrías ido a buscar a la niña ayer, le habría dicho que te hubiese llevado un bocadillo.

No es muy elegante, ¿verdad? Nos cuesta un poco entender lo que nos está comunicando.

Ahora mira esta:

Si hubiera sabido que ibas a buscar a la niña ayer, le habría dicho que te llevase un bocadillo.

¿Mejor? La fluidez y facilidad de lectura no solo dependen de la simplificación de la frase (quitando ese gerundio tan feo e impersonal y sustituyéndolo por una condicional más sencilla), sino de la simplificación de los verbos.

Es en el paso de formas compuestas (las que usan verbos auxiliares como *haber*, *ser* o *estar*) a simples donde encontramos la mayor transformación. Aquí pongo otro ejemplo:

Hemos ido a comer a casa de la bruja y nos hemos encontrado con muchos niños en jaulas. Ha sido muy divertido y hemos decidido que habremos de volver pronto.

No todos los contextos van a permitir este cambio, pero mira qué mejorada queda esta frase ahora:

Fuimos a comer a la casa de la bruja y allí encontramos muchos niños en jaulas. Fue muy divertido y hemos decidido que volveremos pronto.

¿Cómo hemos conseguido esto? Modificando algunas formas verbales largas y complejas de pasado por otras más sencillas y

contendientes. Como es lógico, esta transformación solo puede hacerse si a nivel temporal el cambio de un tipo de pasado a otro funciona sin alterar el significado de la oración, pero siempre es una opción interesante a tener en cuenta.

Esta simplificación verbal nos lleva también a considerar el siguiente apartado.